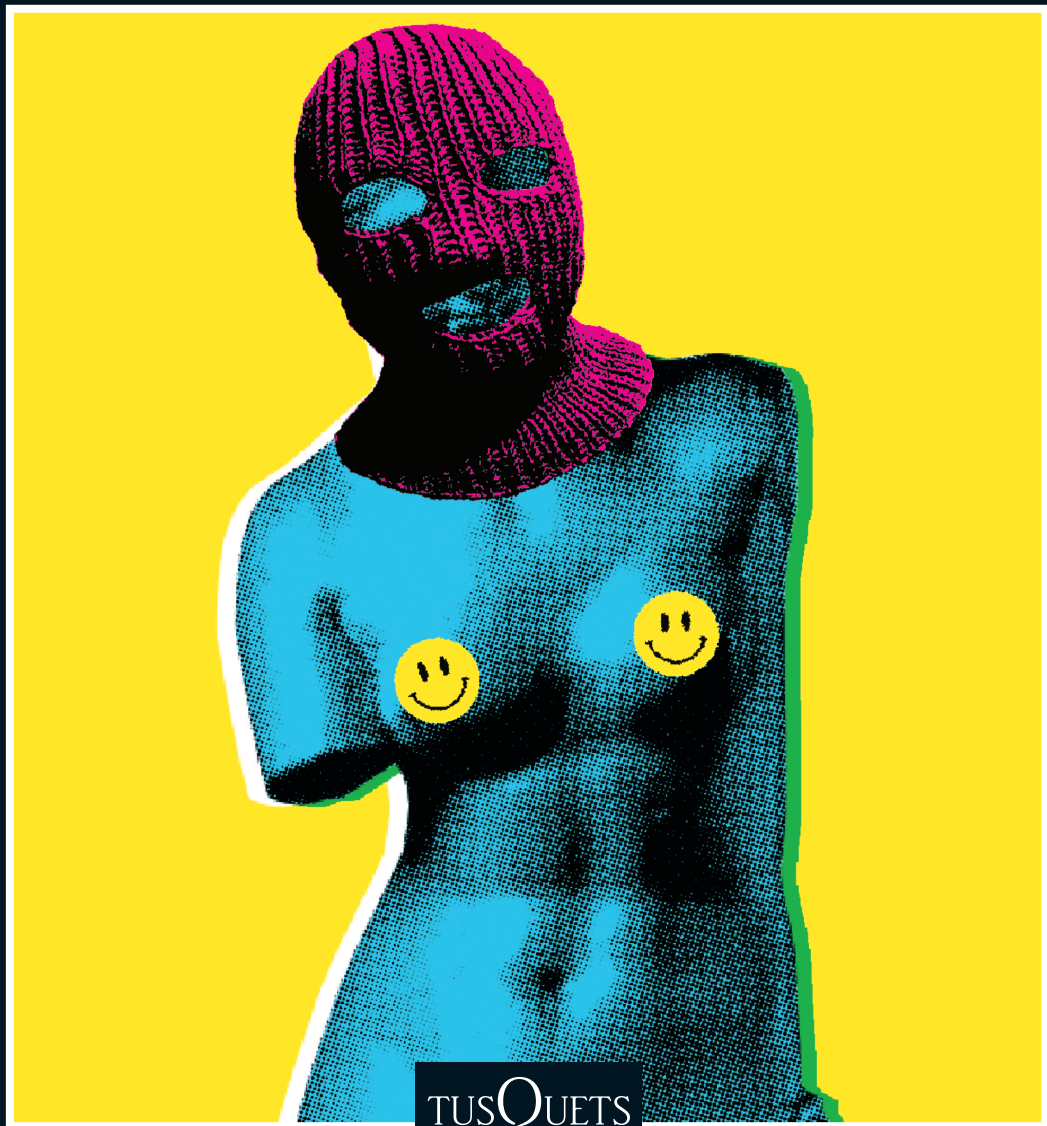


Ginés Sánchez
LAS ALEGRES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

GINÉS SÁNCHEZ
LAS ALEGRES

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: abril de 2020

© Ginés Sánchez, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-805-4
Depósito legal: B. 4.648-2020
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|------------------------|-----|
| Primera parte | |
| La primavera | 15 |
| Segunda parte | |
| Las calles | 33 |
| Tercera parte | |
| Las Alegres. | 159 |
| Cuarta parte | |
| Alessandro | 239 |

1

La mujer

La mujer no es sino un insecto más en la ciudad de veinte millones de almas. Ha surgido, temprano, de una boca de metro en Colón y ha subido por la cuesta que llega al castillo y ha estado dando vueltas por las tiendas de recuerdos. Se la ha visto en la cola de un puesto que vende té y *pretzels* y sentarse en un banco que la copa de un plátano protege de la lluvia. Es una mujer alta y huesuda y no faltará quien piense que su peinado está sacado de alguna revista de las que estuvieron de moda años atrás. No faltará, pero lo cierto es que cuando se limpia con la servilleta muestra unas manos finas y de uñas bien arregladas. Al poco está entrando en una tienda de todo a tres pesos. Por ahí deambula, entre velas de colores y lámparas que parecen gatos. Examina lo que parecen ser flecos para cortinas, y al final elige un cordón de tonos dorados y dos sábanas blancas como para cama de matrimonio. Todo lo echa en una bolsa que lleva al hombro,

y en el metro cambia de la seis a la cuatro y reaparece lejos, por Barrio Sur. Ahí se repite la operación. Tienda. Papel de regalo. Sábanas para cama de matrimonio. En otro puesto callejero toma una crepe rellena de brotes de judías y gambas. Y sigue. Aún otras tres tiendas. Siempre algo y las sábanas. Siempre todo a la bolsa, y mientras la mañana transcurre entre insistentes llamadas de campanas y humo azul que escapa del tubo de escape de los coches. A las tres toma un autobús para regresar a casa. Ahí deja todo lo que ha comprado sobre una mesa y mira al teléfono. Este es pesado y de disco. Un grueso cable negro lo une a la pared. La mujer marca y al otro lado suena y ella lo deja sonar. Luego cuelga y vuelve a llamar pasados diez minutos y tampoco contesta nadie. La mujer se prepara su té y se sienta y vigila el reloj y espera. La tercera vez que llama sí le contestan.

—¿Diga?

—No soy pacífica —dice la mujer—, ni tampoco rumiante.

—Ok —le dice la voz de una mujer joven—, recibido. ¿Cuál es tu clave, cariño?

La mujer dice su clave y después cuelga. Se queda un rato detenida en la misma silla. Luego se acomoda en el sofá y pone la televisión y al rato está amodorrada y se duerme y repite el sueño que la obsesiona a cada poco: una mosca de tonos verdosos la va guiando a lo largo de una carretera. Hay, por momentos,

árboles que parecen haber sido tumbados por el viento, y en otras ocasiones nada más que vertederos de los que emergen brazos de grúas. La mosca avanza por delante de ella y se posa al fin al borde de un barranco. Hasta él llega la mujer. La mujer llega, y nota que en el fondo del barranco habitan unos ojos y habita una voz. Lo sabe pero la mujer no quiere oírla. Porque intuye lo que la voz va a decir. Cuando se despierta tiene un momento de mirar a su alrededor, porque es como si justo entonces un fantasma hubiera caminado por el pasillo. La mujer se quita la manta que tiene sobre las piernas y comprueba que fuera aún llueve y musita algo sobre el frío de marzo. Luego se hace otro té y se sienta en el sillón a esperar.

[«Carta a Hugo y Emma», tal y como fue leída por la señora Agustina Cienfuegos en la plaza Rosalind Franklin de Cheetah con ocasión de la marcha del domingo 9 de abril]

Yo, niños, ahora soy vieja. Aquí me veis. Pero hace muchos años fui joven, incluso niña. Por supuesto yo también tuve un papá y una mamá y también tuve hermanos. Lamentablemente vosotros no llegasteis a conocer a ninguno de ellos, porque todos se fueron hace ya mucho tiempo. Es curioso lo que nos pasa a los viejos con los muertos. Porque entre la vida y la muerte, a veces lo pienso, lo que hay es una pared. Y a cada lado están los unos o los otros. A este, nosotros armando jaleo. Y al otro lado, ellos. Ellos que hablan en voz baja, que a ratos solo respiran o murmuran. Y ¿sabéis qué pasa? Que esa pared, conforme uno se va haciendo más viejo, se vuelve más fina. Se hace más fina y a ratos a uno le parece que escucha. Que ve. Y eso me pasa. Que ahora me asaltan los muertos con sus palabras.

Y de entre todos los muertos, niños, hay uno que destaca entre los demás. Uno que viene con rostro

brillante, con una sonrisa que es como esos peces que, de noche, brillan en el fondo de los estanques.

Esa persona que me habla, niños, es mi hermana. Vosotros no la conocisteis.

Cuando yo era niña, nosotros no éramos ricos, pero tampoco éramos pobres. Entonces no vivíamos en la ciudad sino en un pueblito en la falda de la sierra. Allí crecían las palmeras y las higueras y había regatos de agua y acequias y los niños jugábamos entre las tapias de las casas. Teníamos una parcelita con algunos árboles y algunos animales. Ah, pero con eso, a veces, no era suficiente. Así que, en las temporadas, alquilábamos nuestros brazos y nos hacíamos monderos. Un mondero, niños, es el que se mete en el cañaveral con su machete y corta la caña de azúcar.

Todos los años se iba el pueblo entero para los ingenios. Íbamos por allá por mayo y allí pasábamos el verano.

La primera vez que yo fui tenía tal vez un año. Fui en el pañuelo que llevaba mi mamá al pecho. Ahí me debí impregnar ya de por siempre del olor de la melaza y del cañaveral ardiendo. Caña de azúcar me daba mi mamá si lloraba.

Pero yo tuve una hermana, ya os lo he dicho. Íbamos todos juntos, ella también, en un carro que mi padre tenía. Con los vecinos y los primos formábamos las cuadrillas. Mi primer machete me lo dieron cuando tenía doce años.

Ven conmigo, me dijo mi mamá aquel día, y no te separes de mí.

Ella lo dijo y su voz estuvo llena de angustia y de urgencia. Contenía una premonición.

Por las tardes bajaban los muchachos y prendían grandes fuegos en el cañaveral para aclararlo y matar a las avispas. Negras columnas de humo cruzaban el cielo. Las cañas explotaban. Por la mañana, temprano, nos poníamos nuestros trajes de faena, agarrábamos los machetes e íbamos. Los monderos cortábamos y grupos de hombres iban recogiendo las cañas y llevándolas hasta el camino, donde esperaban las filas de camiones.

No te apartes de mí, me decía mi mamá.

La primera vez fue que me despisté en el laberinto de cañas. Que me quedé, lo mismo, mirando a algo. Entonces todo fue muy rápido. Recuerdo una manaza, una cara enrojecida, un bufido. Un empujón que quería meterme para lo hondo. De alguna manera conseguí desasirme. Mi mamá, por supuesto, se dio cuenta enseguida de lo que había pasado.

No te apartes de mí, me decía.

Te acostumbrabas a que pasara. Miento. Sabías que iba a pasar. Sabías que cada vez había cien ojos, doscientas manos, acechando. Las mujeres íbamos al baño, entre las matas, en grupo. Y ni así estábamos seguras. Pobre de la que se atreviera a ir sola.

Sabías que iba a pasar y cada vez te sentías más diminuta...

Una vez un hombre me agarró y me metió entre las cañas y me tiró al suelo. Con la manaza tiznada de hollín me tapaba la boca mientras con la otra mano forcejeaba con mi ropa y con la suya. Luché. Luchó mi cuerpo de niña contra su cuerpo de hombre. Conseguí gritar y el tipo salió corriendo. Mi hermana, esa que vosotros no conocisteis, niños, no tuvo tanta suerte.

Mi hermana era un año mayor que yo. Era también una niña, por entonces. Recuerdo, de aquella mañana, la agitación de mi mamá cuando no la vio. Cuando se hizo la cuenta de que no la veía y empezó a rebuscar. Luego supimos que uno de los capataces la había mandado para la fábrica. ¿A hacer qué? Esa información se perdió en el tumulto.

La perdimos de vista y la imagino, ahora, caminando por aquel sendero. Una muchacha sola en medio del cañaveral en el que acechaban las fieras, una muchacha bajo el peso de aquellas decenas de ojos, una víctima enviada al sacrificio, expuesta en el altar.

Qué responsabilidad tan grande, niños. En un cuerpo tan frágil.

Y los tiempos, niños, no han cambiado. O no tanto. Porque en cada muerte yo vuelvo a verla a ella como la vi aquel día. Con la lengua fuera, con los ojos muy abiertos y las uñas ensangrentadas y las manos llenas de porquería. Con el pecho abierto a puñaladas y la cara

marcada por los surcos que las lágrimas habían cavado a fuego a través del hollín.

La recuerdo de aquella mañana y, sin embargo, su cara me llega llena de luz y de paz. Mientras las hogueras vomitan aquel humo negro que cruza el cielo.

[De *Verano en Cheetah*, por el doctor Samuel Zacuzzo, Editorial Universidad Popular de Cheetah. (Pies de foto.)]

De la página 79.

Foto 1. Cabecera de la marcha del 14 de marzo tomada desde la plaza Laura Bassi, en La Renca, Cheetah. El Movimiento Artemisia Gentileschi convocó tres Jornadas de Huelga Reproductiva durante aquella primavera. Las huelgas reproductivas fueron un intento de romper con el concepto de huelga clásica y poner el acento en las tareas de cuidados que eran realizadas principalmente por las mujeres en los hogares y que andaban apartadas del denominado «círculo capitalista». A la marcha del 14 de marzo asistieron más de cinco mil personas. En primera fila, al centro y con sombrero, puede verse al padre Juan Pablo Orellana, párroco de la iglesia de la Buena Muerte y llamado «El cura de las mujeres». A su derecha marchan, con un pañuelo al cuello, Natalia Soledad Amato y, con su inconfundible cabello blanco, Fernanda Salazar. (Fotografía cortesía de *El Nacional*.)

De la página 86.

Foto 2. Mujer portando una bengala en lo alto de un autobús en Barrio Sur, el 9 de mayo. Los ataques contra los autobuses se llevaron a cabo principalmente durante las marchas de la primavera. Los manifestantes montaban barricadas móviles para obligar a los autobuses a detenerse. (Cortesía de *El Nacional*.)

De la página 102.

Foto 1. Manifestantes repartiendo *Resignificación*, el periódico del Movimiento Artemisia Gentileschi. *Resignificación* era gratuito y en los momentos de mayor tirada llegaron a repartirse más de doce mil ejemplares por número. Inicialmente dirigido por Raimundo Rondón, pasó a manos de Rafaela Parisi en enero de aquel año y es con el cambio de dirección cuando el periódico avanza hacia posiciones extremas. Particularmente significativos serán los artículos «Reinterpretación Política», de Natalia Soledad Amato, y «La razón y el pueblo», de Sofía Navarro. Después de la detención en agosto de Fernanda Salazar, el periódico agoniza. Primero es devuelto a las manos de Raimundo Rondón para, dos meses después y ya en franca decadencia, ser disuelto por la Corte de Justicia. (Fotografía cortesía de los archivos municipales de Santiago, Cheetah.)

De la página 116.

Foto 3. Muchacha por las calles de Cheetah portando un cartel de CHAMPIÑÓN, PLÁNCHATE TÚ. El término «Champiñón» se empleó para designar a los hombres que, correctamente alimentados y planchados, montaban cada mañana en el metro. Durante las Jornadas de Huelga Reproductiva hubo grupos de mujeres repartiendo bandejas de champiñones entre los hombres que viajaban en los autobuses y los metros. (Fotografía cedida por la Colección Fernanda Salazar.)

De la página 128.

Foto 1. Las tres hermanas Navarro, Sofía, Isabella y Cynthia, fotografiadas en la azotea de la casa que Sofía ocupaba en Santiago, Cheetah. La foto está tomada el propio 7 de junio, sobre las quince horas. Tal vez dos horas después el papá de las tres pasó a recoger a Cynthia para llevarla a casa de Severiano Cabrol. (Fotografía cortesía de los archivos privados de la familia Navarro.)

De la página 143.

Foto 4. Danaides, 25. Gorge e Hipotoo. Grafiti que se encontraba entre las calles Barranca y Perú, en el Pequeño Tokio, Cheetah. (Fotografía cortesía del archivo de Carlos Alberto Juárez.)

Foto 5. Danaides, 26. Adiante y Daifron. Grafiti que aún se encuentra en la calle Venecia, en Maternidad. (Fotografía cortesía del archivo de Carlos Alberto Juárez.)